

de la literatura y de la cultura en general han de entenderse como un conjunto de factores interdependientes. Se rechazan las concepciones esencialistas del fenómeno literario y, asimismo, se formulan normas, pautas o leyes que regulan o determinan el objeto de estudio. La literatura se estudiará en términos de relaciones y no de esencias, concibiendo el sistema como una red de relaciones interdependientes. Se trata, pues, de una estructura abierta, múltiple y heterogénea, en la que concurren varias redes de relaciones y donde hay una “lucha o tensión permanente entre los distintos estratos, que se organiza en un estrato central y otro periférico. Los polisistemas se interrelacionan merced a interferencias, y distintos sistemas culturales alejados en el tiempo o en el espacio suelen relacionarse a partir de sus propias periferias. Si hemos visto en otro lugar cómo la literatura grecolatina se relaciona con la moderna a partir de “periferias” como la literatura infantil, el relato fantástico o el cómic, cabría añadir ahora esta relación de la retórica clásica con la propia publicidad.

Estamos, por tanto, ante un libro estimulante que abre caminos y tiende puentes imprevistos, ante un libro lleno de futuro.

FRANCISCO GARCÍA JURADO
Universidad Complutense de Madrid

GRUPO TEMPE, *El reino de la noche en la Antigüedad*, Madrid, Alianza Editorial (Colección Clásicos de Grecia y Roma), 2008, 320 pp.

«Cae la noche y abraza a la tierra con sus foscas alas». Podría ser un buen proemio para las siguientes líneas que no pretenden ser más que una apostilla a la antología *El reino de la noche en la Antigüedad*. No podría ser de otra forma. Sus páginas transmiten una clara resistencia a la verborrea filológica y a la engorrosa exégesis erudita, pero reclaman a cambio una cierta predisposición en el lector: la de disfrutar de la buena literatura. Imitando el ejemplo de sus autores, he entresacado de allí mismo este verso virgiliano (*Aen.* VIII 369), cuya mera lectura nos evoca un mundo inevitablemente atractivo y seductor, por más que pueda tornarse repentinamente terrorífico.

Muchas son las manifestaciones y encarnaciones de la negra noche, muchos son sus moradores, muchas las realidades que se presentan bajo los pliegues de su manto (misterio y encantamiento, farra y desenfreno, lumpen y delito, amor y sexo...). Todas ellas encuentran perfecto acomodo en esta obra. Se trata, no hay duda, de un tema sugerente y con múltiples facetas, y en cuya elección los autores se declaran –en lo que hoy se lee como un emocionado y merecido recuerdo– deudores del prof. A. Ruiz de Elvira, por haber sido el primero en reparar en la importancia de lo que él denominó «civilización de la oscuridad».

Siguiendo un diseño que ya habían manejado, los integrantes del Grupo Tempe se sirven de las voces de los autores de la Antigüedad griega y latina (en una horquilla amplia que abarca desde los primeros testimonios de la literatura occidental hasta los últimos coletazos de la latinidad), para presentarnos un completo semblante de Νύξ y de Nox. Sin embargo, más allá de un centón nocturnal, lo que nos encontramos aquí es una armoniosa trabazón de un buen número de textos (248, nada menos), variopintos y de desigual extensión, pero que despiertan interés parejo y delatan la sensibilidad de los autores, al tiempo que se encargan de ilustrar a la perfección el tema protagonista de la obra. Y digo armoniosa trabazón, puesto que la disposición de los textos sigue un plan bien definido. Ellos lo expresan con una metáfora *textil*, la que mejor se adapta a lo *textual*: «de la madeja de

estos textos hemos devanado algunos hilos para tejer los capítulos de este libro» (p. 8). Y cada uno de esos capítulos aparece encabezado por unas breves y atinadas introducciones que explican, contextualizan e hilvanan –siguiendo con la imagen– esos fragmentos. La organización del libro concibe la noche, consecutivamente, como ser mitológico, como entorno físico espacial y temporal, y como causante de acciones o actitudes humanas que la luz del día repudia. Estos son sus tres grandes apartados. Repasemos brevemente los contenidos de cada uno de ellos.

El primero se encarga de presentarnos a «La noche como personaje mítico» y en él se nos habla de su genealogía (I) y su importancia en la cosmogonía; de sus múltiples advocaciones y su asimilación a otras diosas crepusculares (apartado II. «Sus nombres»); de sus criaturas (III), prole en la que conviven desgraciados humanos transformados en aves noctivagas con seres maléficos, monstruos o espectros; y, finalmente, de su espacio (IV), el telón de fondo para el baile de los astros.

A continuación, «La vida nocturna» comienza mostrando las maneras en que los antiguos se las ingeniaban para iluminar la noche (I. «Las luces»), para hablarnos después de la vida nocturna en la ciudad (II). En lo que a agitación nocturna se refiere, los romanos fueron mucho más atrevidos y pródigos que los griegos, viviendo las tinieblas con mayor intensidad. La noche en Roma era ruidosa y no exenta de peligros. En ella se encontraban los jueguistas noctámbulos con los operarios, los jugadores con los delincuentes, y la prostitución más descarnada (no faltan los negocios de la «augusta ramera» –Juvenal *dixit*–, Mesalina) convivía con los encuentros amorosos furtivos, a los que me referiré más adelante. Y sin embargo, en la práctica de la embriaguez, como si de un arte se tratara, los griegos no tenían nada que envidiarles. Así se nos explica en el apartado III, «Los banquetes», sede en la que la diversión y la conversación tenían como lema beber y convivir (de acuerdo con la etimología de *symposion* y *convivium*).

Y llegamos así a la descripción de las acciones típicamente nocturnas en el tercero de los capítulos: «Lo que esconde la noche». El primer bloque («Prodigios») está envuelto en el misterio y en él vemos desfilar hechos prodigiosos o prácticas religiosas asociadas al sueño –incómoda polisemia en nuestra lengua– (*incubatio*, oniromancia), pero también realidades macabras y execrables, como la licantrópía o las hechicerías que requieren de sacrificios humanos. «Hazañas y astucias» (II) recoge una serie de actos de ingenio, que pueden proceder tanto de la mitología como de la historia, y suponer hechos memorables o formar parte de la vida cotidiana. Pero es con el apartado III, «Confusiones trágicas», donde nos adentramos de lleno en las funestas secuelas de la noche. La ausencia de luz como provocadora de males, opuesta a la segura claridad diurna, es una metáfora que se encuentra bien instalada en nuestras mentes postmodernas (pregúntenle por el lado oscuro a cualquier fanático de *Star Wars*), si bien en la Antigüedad poseía plena justificación. De hecho, la palabra griega para *noche* sirve de significante también a la «calamidad» y la «desgracia», y la latina hace lo propio con los significados «desorden» y «confusión». El equívoco que propicia la negrura da lugar, por ejemplo, a tragedias como las de las madres que, por error, asesinan a sus hijos (Ágave, Mérope). Y la noche sirve también de marco idóneo para dar rienda suelta, de manera consciente, a la perversidad, pues otorga impunidad. En «Maldades» (IV), apartado misceláneo, encontramos una buena ristra de traiciones, asesinatos, intrigas y actos vandálicos. Afortunadamente, no queda aquí el asunto y

los autores no permiten que nos quedemos con el mal sabor de boca que deja este panorama de iniquidad.

El tema de la noche y la oscuridad da pie para el desarrollo de otros contenidos afines. Interesante es el tratamiento que recibe el sentimiento amoroso (V), colocado al final, «en lógico climax para quienes consideren que es la actividad reina en el reino de la noche» (p. 10). La relación amor-noche se halla presente incluso en los relatos acerca de los orígenes del mundo. Y en esta alianza caben tanto los himeneos y los encuentros sexuales reglamentados, como las infidelidades, los engaños (a veces en forma de seductoras transformaciones míticas), las locas pasiones o los amores ilícitos. Y es que los antiguos, pese a estas consideraciones, tenían menos trabas para el amor y el sexo (al menos, diferentes a las nuestras) y ello se observa incluso en la propia experiencia religiosa. Las adoraciones nocturnas de la Antigüedad celebraban la vida e incluso podían dar rienda suelta a los placeres sensoriales, tal como ilustra el *Pervigilium Veneris*, la velada de Venus, que los autores reproducen, como propina a este apartado.

Unas bellas y adecuadamente ilustrativas imágenes (cuya procedencia queda señalada en un listado final) ornan el volumen, que se completa, además, con útiles apéndices: el de traducciones utilizadas (digámoslo aquí: otro gran acierto), algunas de las cuales van a cargo del propio Grupo Tempe; la relación de textos, autores y pasajes citados (en la que se repite el encabezamiento que precede a cada uno de ellos, lo que facilita su consulta); y un siempre valioso índice de nombres propios con su correspondiente explicación.

Diré por último que la elección de los textos, según se advierte al comienzo, es muy personal; otros podrían haber sido los fragmentos elegidos. Pero ninguna obra ni ningún género se libran del despojo que realizan, ojo avizor, estos autores. De todos ellos extraen beneficio y nos dan pie para obtenerlo. El tratamiento del material delata pericia y ningún aspecto de la nocturnidad que a uno pudiera venirle a la mente se queda sin tratamiento con mayor o menor desarrollo. Y con ese buen hacer, el Grupo Tempe ha dispuesto una herramienta cómoda y eficaz para el trabajo en las aulas, pero que, más allá de su evidente voluntad didáctica –y su idoneidad para ella–, se deja leer también como monografía jugosa que resultará atractiva y de provecho a todo aquel que, movido por un interés en la Antigüedad clásica, se acerque a ella. Que la disfruten.

LUIS UNCETA GÓMEZ
Universidad Autónoma de Madrid